

La espiritualidad de Isabel Allende: una observación en *Paula*

M^a Carmen Boluda Sánchez-Mellado

1. Introducción

En la actualidad, las nuevas tecnologías de la comunicación posibilitan una amplia y rápida información. No está de más recordar que desde nuestra butaca podemos asistir al espectáculo de la guerra en directo e inmediatamente después deleitarnos con una exposición de las últimas tendencias en diseño a miles de kilómetros. De esta manera, parece que nos convierten en sujetos libres y que desarrollan nuestra capacidad crítica, pero esta mal llamada sociedad transparente también tiene sus riesgos. La idea de progreso y el optimismo generado por la confianza en la razón humana como instrumento de poder, dominio y control sobre lo natural y lo social se plantea también desde otro polo, el pesimismo; la razón tiene también límites insospechados, y no siempre procurará el bienestar prometido del hombre. Éste ya no se ampara en la realidad ofrecida por la metafísica en orden a un principio ordenador. En la posmodernidad, la propia realidad produce multitud de imágenes y dimensiones, sin que ello suponga una manifestación de irracionalidad que expulse toda regla o norma. La existencia de una diversidad de realidades ¿implica acaso una multiplicidad de sistemas de valores y creencias que conducen a un pensamiento relativista, en cuanto que es el propio sujeto quien camina por las sendas que él mismo ha trazado? Si la respuesta es afirmativa, volveríamos a un escepticismo fragmentado y sin ventanas, donde la expresión religiosa quedaría oculta. No sería éste, por tanto, el camino más adecuado para que el hombre encuentre de nuevo aquella senda u horizonte donde proyectar su vida. Surge entonces la necesidad de trascendencia y apertura por encima del esquema racionalista. Vivir la realidad significa vivir la trascendencia. Vivir la trascendencia implica volver la mirada a lo sagrado. De nuevo en este ámbito asoma la pluralidad y multitud de fenómenos religiosos. Tal es la variedad y cantidad de formas y productos, que una de las consecuencias que dificultan este panorama es precisamente la ambigüedad. La proliferación de sectas, grupos, colectivos o movimientos y su distinto origen ilu-

mina, o tal vez despista, en el momento de estudiar si son totalmente diferentes, o si por el contrario poseen aspectos comunes y, en su caso, cuáles son éstos.

J. Carlos Gil y J. Ángel Nistal basándose en las reflexiones de R. Bergeron y de J. Martín Velasco dividen el nuevo panorama religioso contemporáneo en dos familias espirituales:

- Primera familia: movimientos nacidos dentro de las grandes tradiciones religiosas.
- Segunda familia: movimientos de tradición esotérica occidental, de la mística oriental, de las religiones antiguas, de la parapsicología humanista y de la «ciencia».

Los nuevos movimientos religiosos se desarrollan dentro de un marco individualista que sugiere un alto grado de libertad religiosa. Dicha libertad viene avalada en el sentido de que estos movimientos se alejan progresivamente de las religiones oficiales y sus propios mecanismos, por lo que su impacto social es menor, y también porque sus ideas se adecuan a las propias circunstancias de cada uno de los fieles. Practican técnicas de desarrollo espiritual y tienen como referentes a pensadores místicos del cristianismo.

El individualismo moderno y la revolución en las tecnologías de la comunicación han sido dos factores importantes a la hora de constatar el surgimiento de las nuevas religiones, con especial eco en América Latina. Manuel M. Marzal en el capítulo XV de *Tierra Encantada* analiza el actual catolicismo latinoamericano. Destaca la unidad y la pluralidad en la Iglesia: la unidad basada en una sola fe, y los distintos papeles, compromisos y espiritualidades, según el nivel de implicación con la fe y la espiritualidad con la que viven.

Con la ayuda de estas nuevas tecnologías se ha incrementado la difusión de estos nuevos movimientos y la multiplicidad de vías individuales de acceso a ellos, aunque todos coincidan en el valor de la utopía: la transformación de la sociedad a través de la conexión espiritual con otras culturas. Estados Unidos reunía todas las condiciones para su expansión. California parece ser la tierra donde se abonan las nuevas ideas y los sueños transformadores con voluntad e imaginación. Los californianos fueron los primeros que se desengañaron de la falsa felicidad promovida por la sociedad de consumo. El paso siguiente fue la apertura a la trascendencia, a la búsqueda de otras recompensas más allá de lo material, a la espera de que las visiones se pudieran hacer realidad. La diversidad de lenguajes: revolucionario, místico, etc., posibilitó la acogida de otras religiones (hinduismo,

budismo, neotaoísmo, neotantrismo) dentro de esta área. Si a ello añadimos la llegada de las poblaciones inmigrantes con el deseo de comenzar una nueva vida, y la ausencia de tradición, encontramos unas condiciones muy favorables al cambio y a la transformación personal. No es extraño que la Conspiración de Acuario (nombre asignado por Marilyn Ferguson) encuentre su lugar «natural» en California, y además se asocia con la tradición esotérica astrológica según la cual «el paso del sol en el zodiaco de la constelación de Piscis a la de Acuario coincide con el cambio de siglo, y la entrada en el tercer milenio»¹.

Estamos ante la llamada Nueva Era o *New Age*. Distintas concepciones o dimensiones la conforman (psicológica, científica, filosófica, esotérica, etc.), pero la que más nos interesa a lo largo de estas páginas, es la espiritual o religiosa, en principio porque es la que intentamos desarrollar en torno a *Paula*, obra de Isabel Allende.

Nos preguntamos qué tipo de espiritualidad o fuerza interior mantiene firme a la escritora cuando, frente a una situación tan adversa como es el estado de coma de su hija producido por una grave enfermedad, abre camino a la esperanza y se lanza a la aventura de intentar detener el paso de la muerte.

No se trata de presentar un conjunto de prescripciones, fórmulas, ritos y estructuras cerradas externas que alienen al individuo y tal vez deformen la realidad, sino que procuraremos descubrir cómo se puede hablar y llegar a Dios desde la propia interioridad humana: «El testimonio y la experiencia personal es para la Nueva Era la clave básica para acreditar la convicción creyente, pues en la propia interioridad nuestra está inscrita la trascendencia y la revelación del Ser Superior, que todas las teologías han enseñado como externo y creador»².

Hemos trazado el sendero en busca de la armonía interior que lleva a nuestra autora hasta la experiencia más íntima de unión con el Universo-Naturaleza-Dios. «El mundo es un sitio muy misterioso y los humanos no hemos desarrollado ni siquiera un diez por ciento de nuestras posibilidades de crecimiento personal»³. Son palabras de Isabel Allende, periodista chilena, nacida

¹ Juan Carlos Gil y José Ángel Nistal, «New Age» Una religiosidad desconcertante, Ed. Herder, Barcelona, 1994, nota a pie de página n° 32, p. 45.

² Mario Boero, «La Nueva Era» en Revista española de Teología. Vol. LVIII, Año. 1998, Cuad. 2, Facultad de Teología S. Dámaso, Madrid, p. 249.

³ Isabel Allende, «Isabel Allende. Amor a la palabra», entrevista realizada por Aurora Campuzano en la Revista del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias, Madrid, Febrero 2003, n° 142, p. 2.

en Perú en 1942. Manifiestan ese mundo de magia, misterio, sueño y emoción que envuelve su vida, y que revela en sus novelas.

En 1994 publica *Paula*. Esta obra fue escrita en los pasillos de un hospital de Madrid, en una habitación del hotel donde vivió varios meses, junto a la cama de su hija y en su casa de California. La realidad dolorosa que la motivó fue la enfermedad y muerte de su hija. La memoria convierte de nuevo la novela en autobiografía y así reconstruye la historia de su familia mientras intenta impedir el desenlace inevitable de la muerte de Paula.

A partir de la segunda mitad del libro, Isabel reconstruye también la dramática historia de Chile en tiempos de Allende. Nos cuenta las condiciones que hicieron posible el golpe de Estado, y el ambiente de desolación en el que ella, orientada por un sacerdote, se compromete en actividades clandestinas. Fue este hecho precisamente el que motivó su reconciliación con la Iglesia católica.

2. Literatura y religión en *Paula*: amor y *New Age*

Mientras vivimos interpretamos la realidad. La literatura nos muestra la tragedia de la vida, ironiza los malentendidos y se nutre de las contradicciones y las miserias de lo mezquino en lo humano. La escritura revela la proyección de nuestros deseos, inquietudes, soledades y ausencias. Cada palabra escrita marca un segundo de nuestra vida; y así, paso a paso urdimos y entretejemos los hilos de nuestro devenir.

Isabel Allende, ante el «cuerpo crucificado» de su hija sobre la cama, intenta comunicarse con ella con las únicas fuerzas de su recuerdo. «Mi vida se hace al contarla y mi memoria se fija con la escritura; lo que no pongo en palabras sobre papel, lo borra el tiempo»⁴, pero con el anhelo insaciable de la supervivencia ante la más hiriente desesperación, «me vuelco en estas páginas en un intento irracional de vencer mi terror, se me ocurre que si doy forma a esta devastación podré ayudarte y ayudarme, el meticuloso ejercicio de la escritura puede ser nuestra salvación».

Si en alguna ocasión se ha relacionado a Isabel Allende con esa nueva forma de espiritualidad como la *New Age*, no sería disparatado acercarse a la lectura de *Paula* desde esa perspectiva; elementos no faltan, si además observamos que, desde su condición femenina, concibe la vida como un proceso cuyo eje vertebral es la escritura.

⁴ Isabel Allende, *Paula*, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 2002, 3ª edición, p. 16.

El mundo sensitivo de Isabel Allende, con sus visiones y sueños, conjuros, fantasmas y profecías, se inclina hacia una religiosidad sin religión, como recurso de supervivencia y trascendencia. *Paula* es una obra escrita desde un planteamiento existencial: «¿qué sucederá con ese vacío que ahora soy yo?» donde la muerte acaece como la posibilidad más auténtica, en el sentido heideggeriano, pero que mantiene vivo el optimismo de que en el momento de encuentro con el Absoluto nos sentimos ligados a la armonía del universo.

José Luis Vázquez, en la página 12 de su libro *Las religiones tradicionales*, define el sentimiento religioso como «la necesidad afectiva de estar ligado a algo distinto de uno mismo». En ese sentido *Paula* constituye la alternativa a la sociedad de consumo, al imperio de la tecnología, y al materialismo en que estamos instalados. Frente a las religiones tradicionales, la influencia de la *New Age* se manifiesta en esa búsqueda interior desde la propia individualidad.

Los presentimientos de Isabel a través de los sueños, las profecías de la vidente, los espíritus protectores de sus familiares muertos, las cartas del tarot de su madre, los conjuros para modificar algunas circunstancias adversas de la vida laboral, junto con los recursos para detener la enfermedad y muerte de Paula, conducen a una dimensión espiritual tan intensa que, junto al gran amor que siente por sus seres queridos, constituyen la plenitud y el sentido de su vida.

Isabel, desde el principio, presiente que su hija ha comenzado el viaje del cual ya seguramente no regrese, pero aún le queda la esperanza. Es la esperanza desesperada quien le abre las puertas a una espiritualidad que, si bien no había olvidado, sí había dejado aparcada, quizá envuelta entre magia y superstición. Comenzó a escribir todas sus novelas, incluida *Paula*, un 8 de enero. En numerología el 8 es un número de fortuna, la cifra del éxito. Desea comunicarse con su hija, la cual está postrada en la cama rodeada de cables y máquinas. Primero recurre a los métodos mágicos de su abuela, «Si ella estuviera aquí podría llevarte mis mensajes y ayudarme a sujetarte en este mundo».

Vemos ya esos signos de referencia en otra dimensión, en primer lugar, a través de la figura de la abuela como mensajera y, en segundo lugar, cuando ésta se traduce como la mediadora o intermediaria entre dos mundos: el físico, donde la escritora sufre, ama, sonríe y recuerda; y el otro, desconocido, donde están sus familiares y quién sabe si quizá ya el espíritu de Paula.

Isabel afirma «no sé rezar». Recurre a la oración, pero ese Dios cristiano con quien entablar un diálogo profundo e íntimo está ausente, Dios no